



REVISTA SEMANAL

Entered as second class matter at the Post-Office at Manila

DIRECTOR:—Alejandro de Aboitiz

TEL. 572

ADMINISTRADOR:—Vicente Agan

P. O. BOX 1659

Vol. III.

Manila, 19 de Enero de 1924.

Num. 55

HACIA LA LUZ



los Católicos nos motejan de intransigentes, creyendo zaherirnos con semejante remoquete. Por el contrario, los de la acera de enfrente se glorían a cada triquitraque de caminar hacia el templo del saber a la sombra de la policroma enseña del “librepensamiento”, muy convencidos de rendir verdadero culto a Minerva ofreciéndole en holocausto el heterogéneo rancho de olla podrida, cuando nunca tuvo cabida en los banquetes del Helicón sino el exquisito manjar de la verdad. No se dice haber manado jamás la fuente Castalia sino agua pura, envidia del cristal.

Los Católicos somos, pues, de irreductible intransigencia en el terreno de las doctrinas, aun cuando respetamos como el que más el sagrado recinto de la conciencia individual. De ser tolerantes en tales achaques despertaríamos extramuros la sospecha de no estar en posesión del legítimo manantial, porque únicamente quienes se agitan en el bando del error pueden mirar con indiferen-

cia que piense y razone como se le antojare cada cual, sin otra cabalgadura en la carrera de las ideas sino el corcel indómito de la pasión.

Al escoger este rumbo convenimos con la pauta seguida en la conservación y desenvolvimiento de las ciencias, donde, como queramos avanzar en la demostración de los teoremas, es de todo en todo indispensable pasar primero por las horcas caudinas de los postulados, sin cuyo previo reconocimiento a nadie le fué alguna vez otorgado el privilegio de adelantar en el estudio de esta o aquella disciplina, porque siempre ha sido condición esencial de todo linaje de arquitectura colocar a buen recaudo una proporcionada cimentación.

No es posible alistarse entre los hijos de la Iglesia Católica, si antes no se reniega del pasado cuando acaso estuviere en pugna con el espíritu de nuestra congregación: y el infante renuncia, por boca de sus padrinos, a Satanás, sus pompas y vanidades, y el adulto debe abjurar de las enseñanzas y prácticas supersticiosas observadas hasta el momento

de su conversión, y si quien por desgracia apostató de las filas de ese ejército maravillosamente reglamentado intenta reingresar en él, habrá de reconocer humildemente la equivocación sufrida y confesar sin rodeos la infalibilidad de sus enseñanzas, en el credo y en la moral.

Cuando en cambio a alguno de los nuestros se le hace acaso demasiado pesada la disciplina eclesiástica y decide quemar sus naves para lanzarse en cerro y a campo traviesa por el barbecho de la herejía o del cisma, ilusionado con la esperanza de disfrutar de mayor libertad, allá donde se acogiere será siempre recibido con volteo de campanas, regocijos pirotécnicos y evidentes señales de jubileo general: nadie le irá a la mano en pelillos doctrinales ni a ninguno se le dará un cornado de saber cuáles sean sus opiniones personales sobre estos o aquellos discutidos artículos de fe. Esta es la marcada diferencia entre la suerte de quienes vienen y la de aquellos que se van.

Por cualquier boquete puede penetrarse en el campo de la falsedad; sólo por la puerta reglar tiene acceso el santuario de la verdad. Nada hacen al caso el traje y las condecoraciones de quien se pasa al partido del error; cuantos solicitaren ingresar en la porción escogida de la ortodoxia serán admitidos únicamente con el uniforme de ceremonial. Ninguna suerte de canon se les impone a quienes llegan a los bardales del cortijo de la rebelión; sin el santo y seña del Símbolo de los Apóstoles, nadie tiene derecho a traspasar el cancel de nuestros templos, ni menos aún a depositar su ofrenda en las gradas del altar.

Acaban de experimentar los católicos de la provincia ilonga el consuelo de ver tornar a la casa paterna a un hijo pródigo, el cual abandonó un día el hogar de sus mayores y ha vivido durante bastante tiempo en los encinares del aglipayanismo, alimentándose de las bellotas de ese cisma ridículo, donde figuró siempre entre el elemento dirigente de la secta, ejerció las funciones de paripari y fué en toda coyuntura uno de los más activos propagandistas de los burdos errores de esa herejía cómicamente denominada "filipino-universal".

La gracia de Dios ha iluminado el entendimiento de Catalino Villanueva para hacerle comprender las falsedades aglipayanas y robustecido su voluntad a fin de poder luchar contra cuantos obstáculos habrían de oponérsele en el camino de regreso al Catolicismo, y arrodillado a los pies del venerable Párroco de Molo, el P. Nicolás Valencia, una de las legítimas glorias del clero

filipino, ha hecho su solemne profesión de fe, donde reniega del pasado y declara su propósito de vivir y morir en el seno de nuestra fe.

"Me arrepiento de corazón, dice el Sr. Villanueva, de haber gravemente errado contra esta Iglesia de Cristo, porque me adherí y he profesado los errores del Aglipayanismo y he creído y practicado sus doctrinas heréticas, contrarias a las enseñanzas de la verdadera Iglesia de Jesucristo, y SOBRE TODO que, no siendo verdadero Sacerdote, he ejercido públicamente el ministerio sacerdotal, propio y exclusivo del sacerdocio de Jesucristo y de sus verdaderos y legítimos Sacerdotes, que son los de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana".

La retractación se dió a la publicidad en "La Tribuna" de Iloilo y, en uso del sagrado derecho del pataleo, han puesto los aglipayanos el grito en el cielo, como si les hubieran aplicado un parche en el mismo rincón. Lo menos que debe otorgársele a quien padece es el honesto desahogo de los quejidos en cualquiera de los múltiples tonos musicales, y nada podríamos objetar a ese género de válvula psicológica, si los antiguos cofrades del converso se limitasen a pregonar con sus lamentaciones el dolor consiguiente a pérdida de tanta consideración.

Pero no es ese el caso. Un tal Gregorio Felipe, el cual se dice Vicario Provincial de la I. F. I. de Iloilo, no pudo llevar en paciencia la publicación del paso dado por su colega, echa mano de la trapaza vulgar de poner al que nos abandona como no digan dueñas y se descuelga en las columnas del mismo diario ilongo con una letanía de insultos a quien, apoyado en la prerrogativa inalienable de la libertad de conciencia, vuelve la espalda a esa banda de histriones para acogerse al gremio de la única verdadera religión.

Mis benévolos lectores no podrán hacerse cargo de la mentalidad del Sr. Felipe a menos de analizar por menudo su escrito de réplica a la abjuración publicada por el converso Sr. Villanueva, pues es tal el cúmulo de botaratadas en él insertas que pone una vez más de manifiesto la mezquindad de la ilustración de cuanto ayudas de cámara tiene el renegado ilocano, los cuales por ventura no todos procederán de la partida de los aurigas, pero muy decorosamente pudieran en ella figurar.

Una de las aseveraciones que han sacado de quicio al Vicario Provincial (y obsérvese de paso el instinto de imitación de ciertas gentes, atendiendo al saborcillo monacal del título) Sr. Felipe es aquella donde se

califica la doctrina aglipayana de "herética y contraria a la Iglesia de Jesucristo", cólera incomprensible para quien, teniendo un adarme de razón, se enterase algunas líneas más abajo por testimonio del mismo Vicario haber sido "supina la ignorancia de los primitivos judíos encargados de predicar las patrañas o doctrinas del Cristianismo". ¡Así!

"Nuestra Iglesia, desde su fundación, fué reconocida por el Gobierno de los Estados Unidos de América", escribe el señor Vicario Provincial. Es verdad. Y aun lo debe de ser, según tenemos sabido de fuentes autorizadas, haber un ilustre repúblico de la Metrópoli actual tomado tanta parte en el establecimiento del aglipayanismo, con el propósito maquiavélico de dividir al pueblo Filipino en materias de religión para luego dominarlo con mayor facilidad, que bien pudiera considerársele como su legítimo Fundador.

"Nuestra Iglesia (y volvemos a repetir la cita para completarla, pues merece recorrer el mundo grabado en bronce), desde su fundación, fué reconocida por el Gobierno de

los Estados Unidos de América y por los sabios Obispos Ortodoxos y Franceses (????), etc., que siguen siendo independientes, como lo es nuestra Iglesia Filipina". Si VV. le entienden, coméntenlo. De esa talla, y aun acaso menor, son los directores del cisma del apóstata Aglipay, en cuyas filas no puede decorosamente figurar ninguna persona de mediana ilustración.

Damos nuestra enhorabuena al Sr. Villanueva y le felicitamos por su noble actitud, yá que nos informan haberle visto visitar los pueblos donde ejerció el ministerio aglipayano para recomendar eficaz y sinceramente a sus sencillos moradores la necesidad de volverse a bautizar, porque la fórmula hasta entonces por él empleada dista mucho de ser la recogida por la Iglesia de los labios del divino Redentor. Querer enmendar los propios yerros, signo es inequívoco de honradez.

No es posible poner yá en tela de juicio la realidad del éxodo aglipayano. ¡Tan irresistible es la fuerza atrayente de la verdad!

PAULINO.

EL LIBREPENSADOR



PORQUE, desengañese usted, vecino; el hombre, para ser feliz, debe ser librepensador.

Yá ve usted. Todos los pueblos del mundo, para ser felices, han tenido que dejar de creer. Si usted cree en algo, yá no es usted libre. Desde el momento mismo en que usted cree una cosa, esa

cosa le domina, le sujeta. Vamos a ver, vecino; ¿es o no libre el hombre? Si lo es, ¿qué libertad será la suya si viene obligado a creer en algo? Esta es la lógica del librepensador.

Porque... dice uno: "Pues, señor; yo veo el mundo y me veo a mí mismo; ¿es preciso que ésto lo haya hecho algun Ser Superior? Si yo no fuese librepensador, necesariamente—fíjese usted bien, vecino, necesariamente—tendría que responder diciendo: "Sí, ésto se debe a un Ser Superior". Pero, ¿no le parece a usted, vecino, que con los avances de la ciencia moderna, esa es una cosa que pronto no se podrá contestar así? Y, vecino, yo no puedo obligarme a lo que estoy seguro que la Ciencia habrá de condenar de un momento a otro. Vamos, en fin... usted yá me comprende, vecino, esas cosas que se le ocurren a toda persona sensata... Y, ahí tiene usted.

Sí, vecino, sí. No crea usted; yo he meditado mucho sobre este punto y me he convencido completamente. Allí, cuando muchacho, sin reflexión, ni estudios, cuando sólo había oído hablar al cura

de mi barrio y a los gandules frailes, también yo era de los que creía en esas cosas; sí, señor; como usted lo oye. Y tuve mis puntos de beato; pero, por fortuna, la Blanca Bandera del Librepensamiento me salvó a tiempo y me resolví a no creer.

Yá ve usted. La libertad de pensar...

No hay más que ver una cosa: Desde que se deja de creer, todo va bien. Se hace usted sabio, sin sentirlo ni quererlo; nadie es capaz de disputarle a usted el título de sabio.

La verdad, convengamos en lo que es la pura verdad.

Eche usted una mirada al siglo. Pasteur... ¡pase!... no le dispueto el título de grande hombre; pero, fuera de ese... Cristóbal Colón para obrar: si descubrió un Mundo Nuevo, ignorado hasta entonces para toda la Humanidad, fué porque creía en ello, estaba obligado a hacer lo que hizo... Vamos, quiero decir, que no tiene ningún mérito... Legazpi y Urdaneta... ¡ps! nada, vecino, nada. Y... ¿quién más? ¡Ah! sí, Gutenberg, pero, de todas maneras, la imprenta... ¡yá la hubiera inventado algún librepensador!

Ahora, me dirá usted que la Civilización de dos hemisferios, que la electricidad con Ampere y Galvani, y la Entomología con Fabre, y, en fin, el gran cable trasatlántico con Lord Kelvin... Sí, señor; todo lo que usted quiera; yo no estoy reñido con la Civilización y el Progreso. Pero, después de esto, ¿qué? Todo eso es pequeño. Nada, nada, nada; créame usted. Usted, es joven, vecino;